

CON DON JACINTO SE SANTIFICARÁ NUESTRO URUGUAY QUERIDO

En el mes de diciembre del año pasado cuando el papa Francisco aprobaba el milagro que posibilita la beatificación de Don Jacinto Vera, los obispos de Uruguay anunciaban con inmensa alegría la feliz noticia. Como decían en su mensaje: *“Es un motivo de júbilo y gratitud para todo el Uruguay”*, ya que su beatificación anima *“a renovar nuestro impulso misionero y nuestro deseo de servir al país y a su gente”*.

Nunca mejor aplicadas las palabras de Juan Zorrilla de San Martín en este momento en que vivimos la inminencia de la beatificación de Don Jacinto, por la cual trabajaron tantas generaciones: *“Me parece que con Monseñor Vera, se santificará nuestro Uruguay querido, a quien él amó tanto, y sirvió y evangelizó. Nadie lo ha querido más que él; nadie lo ha servido más. Llego a creer que yo mismo comparto la gloria del culto que buscamos para el primer Obispo de Montevideo, como si fuera una herencia de familia. Lo es su nombre y lo será su gloria, a buen seguro, si obtenemos el verlo nosotros o nuestros postreros en la de los altares; la más preciada herencia de la familia uruguaya”*.

Nosotros tenemos la dicha de ser los testigos de este gran acontecimiento para nuestra Iglesia y nuestro país, que tantos anhelaron contemplar. Muchos, como lo expresara hace ya casi un siglo el poeta de la patria, trabajaron *“en la obra de aproximar el día en que nuestra previsión anhelante se realice: en que Monseñor Jacinto Vera, el santo uruguayo, suba al altar”*. El anhelo se hizo realidad en nuestro presente y nosotros tenemos el privilegio de ser protagonistas de este histórico y trascendente hecho.

Esta profunda alegría se debe traducir en agradecimiento a Dios que nos ha regalado este hombre santo, de fe católica profunda, este sacerdote intrépido y trabajador, este obispo que puso los fundamentos de nuestra Iglesia. Así lo atestigua su obra como infatigable evangelizador, llevando el mensaje del Evangelio y los sacramentos hasta los últimos rincones de nuestra Patria, su caridad pastoral vivida al grado de la heroicidad, su desvelo por la reforma de la Iglesia y la defensa de la libertad de ésta en sus fueros y en su misión. Pero estas grandes pinceladas no pueden abarcar una personalidad tan grande, con una destacada actuación en la vida pública y con tanta riqueza en sus distintas facetas.

Por este motivo, y por tratarse el Clam de un subsidio litúrgico, es el contexto adecuado para conocer el parecer y proceder de Don Jacinto respecto al culto divino. El cuidado de lo sagrado, que estuvo presente en toda su vida sacerdotal, adquirió mayor dimensión en el tiempo en que estuvo al frente de la Iglesia, como vicario apostólico y obispo. Además de sus cartas, sermones, alocuciones, etc., los testimonios de las visitas pastorales y misiones, que realiza en todo el territorio de la República, plasman su preocupación por la vida litúrgica de las distintas comunidades.

Don Jacinto en sus primeros años al frente del Vicariato Apostólico, concretamente hasta 1861, no dejó actas de sus visitas. Posteriormente, debido al conflicto eclesiástico y a la guerra civil, no realizó salidas misionales al interior del país. Cuando en 1865 retomó las visitas pastorales y misiones, comenzó a dejar por escrito las actas en las que se refería especialmente al estado de los libros parroquiales, y también comenzará a reparar en otros aspectos. Tenemos muchos ejemplos de ello en las reiteradas visitas realizadas a cada una las parroquias de su extensa jurisdicción. Allí se manifiesta su inquietud por el buen estado de los ornamentos, vasos sagrados, así como el lugar de la pila bautismal, el agua para los bautismos y los santos óleos.

Esta es una de las manifestaciones de la responsabilidad y preocupación del pastor por el esplendor del culto y el decoro de los templos. En definitiva, es la expresión de lo que era su vida de piedad y sus acciones litúrgicas. La oración fervorosa de Don Jacinto, su amor a la Eucaristía y la devoción con que celebraba los sacramentos, se traduce en el cuidado material de todo objeto de culto a Dios.

De hecho, siendo párroco en Guadalupe, en plena Guerra Grande terminó la bóveda de la Iglesia parroquial, la que luego agrandó y le agregó capillas. Pero su preocupación por el brillo del culto no le quitó energías ni recursos para la atención caritativa a los pobres y necesitados. Piedad y apostolado van de la mano en una admirable unidad.

Este mismo celo y cuidado por las cosas de Dios, de las que da sobrado testimonio, se lo inculca y exige a sus sacerdotes, especialmente a los párrocos. Por eso, alaba a aquellos que se distinguen por el cuidado de la casa de Dios y así lo deja consignado en sus visitas, además de asegurarle el premio eterno con que Dios recompensa a los que así actúan. Del mismo modo le escribe a los sacerdotes para hablarles sobre el tiempo, el modo, el decoro para celebrar la misa y su preparación.

Las actas, por tanto, que Mons. Vera firma luego de cada visita pastoral, que cada vez serán más extensas y expresivas, son la prueba de esta sentida preocupación mediante la cual, a la vez que corrige errores, advierte carencias y da órdenes, forma a sus párrocos. La tarea de reformar la Iglesia oriental, que Jacinto Vera fue realizando, no consiste solamente en crear las estructuras y formas, como es el caso de la erección de parroquias, sino que estas funcionen como corresponde para la mayor gloria de Dios y el bien de los fieles.

La sensibilidad del Santo Obispo por el culto se muestra en toda su profundidad en ocasión de su viaje a Roma, en el año 1867, cuando todos los obispos del mundo son invitados por el papa Pío IX a la celebración del 18° centenario del martirio de san Pedro. Llegado a Roma para el acontecimiento le escribe a su entrañable amigo el Dr. Joaquín Requena, relatándole sus primeras impresiones. Se manifiesta deslumbrado ante la solemne misa papal el día de Corpus Christi y la procesión con el Santísimo Sacramento por la plaza de San Pedro.

Pero el momento central fue el día 29, *“día verdaderamente memorable”*, solemnidad de los santos apóstoles Pedro y Pablo, en el décimo octavo centenario de la muerte de Pedro, para lo cual habían acudido a Roma. La imagen de eclesialidad universal que Jacinto describe caló profundo en su alma, a tal punto que utiliza una expresión sumamente gráfica: *“el cielo estaba en ese día en la Basílica de San Pedro”*.

Este amor al culto es expresión de su entrega a Dios y la fuente de la que surge su caridad, su celo evangelizador y la rectitud en el actuar cuando está en juego el deber de defender a la Iglesia y emprender su reforma. Seamos agradecidos por este intrépido evangelizador y hombre de Dios que sus contemporáneos tuvieron por santo. Ahora, que a través del dictamen de la Iglesia, lo podremos invocar como beato, tenemos el deber de seguir trabajando para que el nombre de Dios sea glorificado en su siervo Don Jacinto, para alabanza de su gloria y edificación de la Iglesia.

Pbro. Dr. Gabriel González Merlano